

¿Quién es Polly Adler?

Su carrera ha convertido su nombre en sinónimo de pecado.
The Daily News

Durante los veinticinco años que dirigí una casa, a menudo tenía la impresión de que mi tiempo estaba dividido equitativamente entre contestar preguntas y evitar contestarlas. Clientes y policías, reporteros y fiscales, me sometían continuamente un tiroteo de preguntas que iban desde las rutinarias a las cargadas de dinamita, de las ingenuas a las astutas, de lo obsceno a lo ridículo. Pero una pregunta que nunca me hicieron, y que, francamente, nunca pensé que hubiera necesidad de formularla, es la que encabeza esta página. Debido a mis numerosas apariciones en los titulares (por no hablar de las aún más numerosas alusiones informales en historias que consiguieron una difusión masiva sin el impulso del papel impreso), siempre di por sentado que «Polly Adler» era conocida.

Todos los días se aprende algo. Cuando surgió la idea de la publicación de este libro, uno de los primeros puntos a discutir era la cuestión de qué significaba mi nombre para el público en general. «Me atrevería a decir» escribió el redactor jefe «que el noventa por ciento de la gente por debajo de los treinta y cinco años nunca ha oído hablar de Polly Adler».

Nunca ha oído hablar de Polly Adler. Aquellas palabras, por qué negarlo, me afectaron bastante. Después de todo, los recortes de mi pila de álbumes no se remontan a los tiempos de los primeros vehículos motorizados. Fue en 1945, no en 1845, cuando cerré las puertas del «burdel más famoso de Nueva York». Aún así, apenas siete años después parecía que «la alcahueta más conocida del país» que, dice aquí, «disfrutaba de un poder político con la prensa y entre los mejores clubs nocturnos que probablemente nadie ha igualado» se había convertido ya en la Dama Olvidada.

Durante años había deseado que llegara el día en que, cuando me presentaran a algún colega ciudadano, la mención de mi nombre no desencadenara inevitablemente reacciones faciales tales como el alzamiento de ceja, la boca abierta, el labio apretado o algo aún más molesto, especialmente desde que ya no estoy en el negocio, la mirada lasciva. De hecho, he creído firmemente y declarado con frecuencia que no había nada que recibiera con más agrado que un poco de oscuridad. Pero mientras que sus ventajas en la vida privada son inestimables, lleva algo de tiempo acostumbrarse al tránsito de la notoriedad al anonimato. Encontrarse las aguas del olvido cerrándose sobre tu cabeza la víspera de publicar un libro de memorias es, sin más, un maldito inconveniente.

En realidad, he escrito (y aún escribo) bastante, libros de tapa dura así como en periódicos y revistas, y no solo debido a la perenne curiosidad del público sobre mi antigua profesión sino porque, como Jimmy Walker y Texas Guinan y Peggy Joyce y Scott Fitzgerald, he jugado un papel destacado en la comedia melodramática de una década ya legendaria, los dorados años veinte. Mi nombre se convirtió en noticia durante los años de aquel absurdo paseo en trineo que acabó en el crac del 29. Aunque mi carrera como madame sin duda terminó en la prosperidad (ni las depresiones ni las guerras tienen un efecto adverso sobre el negocio de la prostitución), en muchos aspectos yo era una creación de los tiempos, de una era cuyo credo era: «Cualquier cosa que sea económicamente correcta es moralmente correcta» y mi historia es inseparable de la de los años veinte.

Aunque se ha escrito mucho sobre este período en América, la imagen no estará completa hasta que todas las circunscripciones sean oídas, y hay aspectos de la escena en las que estoy especialmente bien cualificada para informar, quizás mejor que cualquiera que esté vivo hoy en día. Desde el salón de mi casa tenía una visión entre

bambalinas, en tres direcciones. Podía mirar a los bajos fondos, el mundo intermedio y las altas esferas. Lo que vi puede conmocionar o disgustar a algunos lectores, pero estaba ahí para ser visto y debe ser contado.